

VÍCTOR VÍO

CHITONTIQUIZA

Reportaje del silencio mexicano

grijalbo

Índice

<i>Prólogo</i>	9
1. Un extraño en lo extraño	17
2. Como por arte de magia: la vida y la muerte, lo mismo	37
3. Del ombligo para arriba y del ombligo para abajo	81
4. Viaje cósmico en el vientre de mi madre . .	111
5. Pero... de haberlos... los hay	135
6. “Tonalmachioteotl”, “Yolamaliztli” o el Calendario Azteca	157
7. Regreso al futuro	185
<i>Reportaje gráfico</i>	227

Prólogo

En la primavera de 1973 la noticia de la visita a México del doctor Salvador Allende, presidente de la hermana República de Chile, ocupó las primeras planas de los principales diarios del país.

El doctor Allende representaba para los jóvenes estudiantes de esa época en el mundo entero la opción pacífica y democrática de un cambio social hacia una sociedad justa.

Aún vivos los sangrientos acontecimientos del 68, la presencia en nuestro país del médico que había hecho realidad en Chile el proceso de cambio social por medio del voto y la participación ciudadana organizada, mantenía viva la esperanza de que en México y otros lugares del mundo se pudiera también revertir el sistema injusto imperante.

Como estudiantes de periodismo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), mi compañera de toda la vida y yo acudimos al hangar presidencial del aeropuerto donde arribaría el doctor Salvador Allende.

Al término de la ceremonia oficial, el entonces presidente de la República Luis Echeverría y su invitado, el doctor Allende, se dirigieron a las tribunas saludando de mano a la multitud allí congregada.

Al acercarse a nosotros el presidente Allende prendí mi inseparable grabadora y sin preámbulos de ninguna especie, le solicité un saludo para la juventud universitaria de México.

Para el doctor Allende la juventud siempre estuvo primero y por ello me concedió gustoso la entrevista fuera de todo protocolo.

En ese momento primogénicamente recorrió mi sangre la adrenalina del periodismo.

Fue la primera, la mejor y más importante entrevista de toda mi carrera profesional, aunque debo confesar que nunca se publicó.

Aquí en México nos dijo a los jóvenes que su país estaba siendo agredido por el capital del imperio que financiaba traidoras fuerzas internas, porque veía en la libre determinación del pueblo chileno una amenaza mundial por ser la fuerza del ejemplo de un nacionalismo popular que podía repetirse en cualquier lugar de la Tierra.

“Pero —agregó proféticamente el doctor Salvador Allende— la juventud mexicana debe saber que los vientos de la historia de los pueblos no se detienen ni con el dinero extranjero ni con la sangre, ni con la traición ni con la fuerza; la historia es nuestra y la hacen los pueblos.”

Pocos meses más tarde, el 11 de septiembre de 1973, el doctor Salvador Allende caía defendiendo sus ideales en el chileno Palacio de La Moneda, víctima de un

brutal ataque traidor al pueblo que juraron defender las Fuerzas Armadas.

En sus últimas palabras antes de morir, el doctor Salvador Allende dejó grabada en la historia universal no sólo su ejemplo de presidente digno que supo pagar con su propia vida la confianza depositada en él por el pueblo chileno, sino que advirtió al mundo que “superarán otros hombres este momento gris y amargo en que la traición pretende imponerse... tengo fe en Chile y su destino... más temprano que tarde se volverán a abrir las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor”.

Últimas palabras que jamás dejarán ser futuras.

La bota militar fascista no logró acallar las palabras y los ideales del libertario chileno Salvador Allende, pues permanecen y permanecerán en nuestra memoria, grabadas con la sangre de los miles y miles de hermanos latinoamericanos que fueron masacrados.

El fascismo se ensañó criminalmente contra los periodistas y todos los intelectuales.

Mi colega, el periodista chileno Víctor Vío, fue entre otras cosas, Director Nacional de Prensa y Propaganda de la campaña presidencial del doctor Salvador Allende.

El reportero Vío, como lo conocemos, no sólo vivió muy cerca ese negro capítulo de la historia de su país natal, sino que fue forzado a abandonarlo para vivir como refugiado político en Europa, dejando atrás sus medios de comunicación, su tierra, su familia y su cultura.

Yo lo conocí cuando llegó a México para realizar una serie de reportajes para la televisión alemana.

Con el fin de encontrar el material idóneo para realizar dichos reportajes, el reportero Vío compró un automóvil compacto y se dedicó a recorrer México.

En Matamoros, Tamaulipas, un hecho llamó notablemente su atención; ríos de gente fluían por las calles que se comunican con la plaza central.

Al llegar a ella, el reportero Vío observó con sorpresa que no se trataba de ningún mitín político el que reunía a miles de personas que se apeñuscaban y aventaban para ocupar un lugar cerca del estrado donde tocaba un grupo musical:

“Mi Matamoros querido... nunca te podré olvidar...”, coreaban al unísono las miles de personas allí reunidas.

“¿Quién toca?”, preguntó el reportero Vío a uno de los animosos coristas.

“¡Que no los conoce!, ¿de dónde viene usted que no los conoce?... Es, ni más ni menos, nuestro vecino Rigo Tovar y su Costa Azul.”

Nunca antes el periodista había visto tanta gente reunida entorno a un grupo musical que recién comenzaba; ni siquiera Los Beatles habían logrado producir tal fenómeno social en Europa.

En ese momento decidió acudir a los Estudios Churubusco-Azteca para proponer un reportaje-largometraje-cinematográfico en 35 mm a color, sobre el fenómeno Rigo Tovar.

En México, para nadie es un misterio que se trató del film más taquillero de su época, lanzando así al estrellato a Rigo Tovar y permitiéndole al propio reportero Vío integrarse a la vida misma de nuestro país.